

LA MARGINALIDAD POLÍTICA COMO FACTOR DE INNOVACIÓN EN ÁREAS SUBDESARROLLADAS

RICARDO CAPPELETTI VIDAL

I

Podría definirse la marginalidad política como aquella situación en la cual el individuo percibe barreras externas a su participación en los centros de decisión política de la unidad societal que constituye su marco de referencia. Esta unidad societal puede ser la comunidad o municipio, la provincia o estado, o la nación.

Para aspirar a intervenir en los centros de decisión política referidos a cualquiera de las unidades societales recién enumeradas, es preciso que el sujeto posea un grado de preparación adecuado, entendiéndose por "preparación" una socialización en normas y valores que le creen expectativas legítimas de participación en la toma de decisiones políticas.

En ciertos contextos subdesarrollados la preparación del sujeto para intervenir en centros de decisión política está condicionada por algunos factores estructurales que conviene analizar con detención. Nos referimos fundamentalmente al fenómeno de la *Asincronía institucional*, o sea, al desarrollo diferencial de algunas instituciones sociales respecto de otras. Esta asincronía puede medirse como una falta de adecuación entre el desarrollo económico efectivo de la unidad societal considerada y el desarrollo de instituciones como educación, política y organizaciones burocráticas, referidas a la misma unidad.

Un desarrollo equilibrado de los distintos órdenes institucionales mencionados, implicaría una adecuación del crecimiento de los *status* educacionales, políticos y burocráticos a las exigencias y demandas que progresivamente se fueran generando como consecuencia del ensanchamiento de actividades en el plano económico. Tal sería la tendencia seguida por el proceso de asentamiento de las economías desarrolladas contemporáneas, especialmente por aquellas nacidas como consecuencia de la Revolución Industrial. En efecto, en todas ellas la acentuada y persistente expansión de actividades con contenido económico, sustentó la expansión de instituciones como la educación, la política y la burocracia, destinadas a servir las crecientes necesidades de una sociedad industrial.

Sin pretender establecer un condicionamiento o determinismo absoluto entre el orden económico y los otros órdenes societales, parece bastante claro que el desarrollo político, educacional y burocrático ha

coincidiendo con épocas en las cuales las bases económicas de la sociedad se ensancharon considerablemente. No obstante, es innegable que una vez asentados los órdenes político, educacional y burocrático, ellos poseen también energía generadora de valores propios, capaces de reaccionar sobre el plano económico e incluso cambiar el curso del proceso histórico.

Esta relativa autonomía que se implanta entre los distintos órdenes institucionales una vez alcanzado un grado de desarrollo suficiente por parte de la educación, la política y la burocracia respecto de la institución económica, constituye la base para este enfoque sobre el fenómeno de la marginalidad política.

En efecto: el problema de la asincronía institucional y todas sus implicaciones sociológicas en el subdesarrollo, hallaría una explicación satisfactoria en esta capacidad expansiva o "tendencia a un crecimiento relativamente autónomo" que poseerían las instituciones políticas, educacionales y burocráticas, aun en el caso de un estancamiento o crecimiento comparativamente menor del campo económico.

El bloqueo parcial a la expansión de actividades económicas en un contexto subdesarrollado debe relacionarse con la persistencia de fuentes de poder tradicional. Más concretamente, debe conectarse con una penetración inadecuada de los valores modernos en sociedades que han dejado de ser tradicionales y se hallan en una etapa de transición, como es el caso de las sociedades latinoamericanas.

Podría sostenerse que en estas sociedades, la modernización de actividades económicas encuentra barreras mayores que la modernización de actividades políticas, educativas y burocráticas. Si bien el primer impulso de crecimiento institucional de la educación, la política y la burocracia obedeció a inducciones del sector económico, una vez alcanzado un grado de crecimiento relativamente importante de aquellas instituciones, comenzó a insinuarse y a consolidarse una tendencia a que ellas continuaran expandiéndose no ya para satisfacer necesidades de aquel sector sino por efecto de una menor resistencia de los grupos detentadores del poder económico tradicional para hacer concesiones en la distribución de *status* educacionales, políticos y burocráticos, que empezaron así a cumplir una función de contención frente a las nuevas y crecientes aspiraciones colectivas de participación en la vida moderna.

Las aspiraciones colectivas de participación en la vida moderna no fueron canalizadas en estos países con una orientación fundamentalmente económica, como fue el caso de Europa o de los Estados Unidos, sino que la resistencia de los grupos tradicionales a su propia modernización determinó que la presión de los grupos bajos emergentes continuara canalizándose durante largo tiempo hacia la educación, la política y la burocracia, llegándose en algunos países del área a verdaderas hipertrofias de estos sistemas en relación con las funciones que inicialmente estaban llamados a cumplir. Como ejemplos más relevantes pueden citarse los sistemas educacionales de Chile, Argentina y Uruguay, y en especial el sistema político-burocrático uruguayo.

Si bien esta tendencia expansiva y asincrónica no puede generalizarse a todo el contexto latinoamericano, parece bastante claro que ella se da en todos aquellos países del área en que el poder tradicional amenazado comienza a hacer concesiones a los grupos emergentes a través de la multiplicación de oportunidades educacionales, políticas y burocráticas que no afectan sin embargo de manera sustancial las fuentes mismas de su poder económico. La misma tendencia hipertrófica parecería darse aun en países que han sido conmovidos por revoluciones sociales que han afectado las bases mismas del viejo poder tradicional (como es el caso de México), pero donde nuevos grupos dominantes han controlado actividades económicas básicas utilizando a la vez el aparato estatal y político con fines de contención y de creación de pautas colectivas de gratificación diferida.

Conviene precisar, además, que el bloqueo parcial de oportunidades en el campo económico, no implica el rechazo de una política de industrialización patrocinada por los grupos dominantes. Esta política de industrialización "controlada" podría definirse en gran parte como una transferencia parcial de inversiones de capital desde el sector agrario al industrial, sin que esta transferencia implique un cambio sustancial en la titularidad de los capitales, o acaso solamente una alianza de los titulares del capital autóctono con fuentes de inversión foráneas, sin el surgimiento paralelo de un nuevo grupo empresarial no tradicional y autóctono, o en desmedro del incipiente grupo innovador en el caso en que éste ya hubiera surgido.

De cualquier manera, el surgimiento de una política industrialista del tipo descrito más arriba no alcanza a absorber la oferta ocupacional de los grupos emergentes, siempre afectados por el subempleo y la disponibilidad permanente de mano de obra barata y sin poder negociador.

En tales circunstancias, el surgimiento de una política industrialista no afecta sustancialmente la tendencia analizada de canalizar presiones populares a través de la distribución de *status* educacionales, burocráticos y eventualmente políticos.

Esto quiere significar que para grandes masas de población emergente no habría ubicación en el campo de esta economía "controlada" desde los centros de poder político tradicionales o semi-tradicionales, por lo cual el ascenso a través de canales como "educación" "participación política" o "burocracia" adquiriría una especial relevancia generadora de motivaciones tendientes a la acción.

II

Al comienzo de esta exposición sostuvimos que para aspirar a intervenir en centros de decisión política referidos a cualquiera de las unidades societales recién enumeradas, es preciso que los individuos posean una socialización en normas y valores que les creen expectativas legítimas de participación en la toma de decisiones políticas. Es decir, que los aspirantes a elevar su *status* político posean un grado suficiente de

capacitación como para desempeñar papeles de cierta especialización dentro del aparato gubernamental. La educación formal desempeña aquí una función trascendente como institución preparatoria. Pero como señalamos anteriormente, existe entre los distintos órdenes institucionales una marcada asincronía y desajuste, lo cual provoca que la institución educacional no sirva funciones adecuadas a las verdaderas necesidades nacionales. Por ejemplo, si se trata de países cuyo principal bien de producción es la tierra, una necesidad nacional que debería servir la institución educacional sería la preparación de agrónomos, veterinarios y técnicos menores en cualquier tipo de actividad agraria. Sin embargo, la concentración de la propiedad agraria en régimen de explotación extensiva (latifundio) no crea las condiciones de mercado para ubicar a este tipo de profesionales en papeles ocupacionales específicos, por lo cual estas carreras no tienen acogida en el medio estudiantil. Carreras típicamente urbanas como abogacía, contabilidad, humanidades, pedagogía superior, etc., reciben en cambio un alto porcentaje de la población estudiantil. En carreras de capacitación tecnológica como ingeniería, química industrial, etc., la elección de la carrera estaría condicionada generalmente por expectativas de inserción del sujeto en actividades burocráticas públicas o privadas, que en definitiva no se ajustan, en muchos casos, a las exigencias reales del país. La resistencia de los médicos y maestros jóvenes a abandonar el medio urbano capitalino es otro indicador de este desajuste de la oferta de profesionales y técnicos a las necesidades de desarrollo económico de estos países.

Resulta bastante claro, entonces, que la asincronía institucional entre la educación y las posibilidades de absorción de profesionales en el campo económico, es una fuente generadora de tensiones sociales a nivel de aquellos estratos que tienen acceso preferente a la enseñanza media, superior y técnica. Estos estratos son de preferencia los altos y medios de las sociedades latinoamericanas. Los sujetos extraídos de los estratos altos no generarían tensiones puesto que sus ocupaciones profesionales estarían respaldadas familiarmente por un elevado *status* socioeconómico. En cambio en los estratos medios este desajuste institucional entre la educación formal y las posibilidades económicas reales de la profesión sería un importante generador de frustraciones. Estas frustraciones podrían conducir a los sujetos afectados a asumir actitudes agresivas contra el sistema político y económico imperante.

Una primera fuente de inconformismo radicaría entonces en las frustraciones que genera el desajuste entre educación formal y economía en los sectores medios.

Sin embargo, las posibilidades de ascenso social de los grupos educados pueden hallar canales subsidiarios de la falta de oportunidades en el campo económico. Esos canales subsidiarios los brinda la propia institución educacional, la institución política o la institución burocrática. Cualquiera de estas instituciones posee la posibilidad de manejar la distribución de posiciones sociales que les asignan a sus ocupantes un cierto poder y prestigio, así como la obtención de un ingreso relativamente

satisfactorio, cuyo origen se halla en concesiones de recursos económicos que los grupos dominantes ponen en manos de los jefes de los respectivos órdenes institucionales. El ascenso en base a una escala de posiciones de poder y prestigio crecientes dentro de la institución educacional, política y/o burocrática actúa así como un factor de absorción de tensiones estructurales que se generarían inevitablemente si no se hubieran creado estos canales de ascenso social sustitutivos y compensatorios del bloqueo parcial de oportunidades en el campo de la economía.

La marginalidad de los sujetos debe ser analizada a la luz de este proceso de atenuación de tensiones sociales que provoca el desarrollo asincrónico de estas instituciones estratificadas, con criterios de ascenso propios y parcialmente aisladas de una economía que en la mayoría de los países latinoamericanos continúa siendo controlada por grupos tradicionales o semitradicionales en lento proceso de modernización.

Resulta bastante evidente que este proceso de absorción de tensiones a través del ascenso social en instituciones como la educación, la política o la burocracia es funcional al mantenimiento indefinido del sistema de dominación tradicional. Si el ascenso en estas instituciones confiere a sus miembros un cierto poder y prestigio reconocidos por la sociedad entera, resulta bien claro que la agresividad que podría ser la respuesta colectiva a un sistema de dominación que no moderniza sus fuentes de poder económico, puede transformarse para los grupos promovidos en un conformismo creciente y en una adecuación progresiva de sus actitudes a las innegables ventajas que otorga la institución. Este conformismo creciente se complementa mediante la aparición de una "ideología institucional" caracterizada por enfatizar los valores propios de la institución considerada. La ideología institucional de la educación consistiría en afirmar que el hombre "educado" tendría una mayor capacidad de captación de valores sociales como "lo bello", "lo justo", etc. La ideología institucional de ciertos sistemas político-burocráticos se expresaría afirmando que tales sistemas constituyen la base del funcionamiento democrático de un país, siendo por tanto necesario mantenerlos, pues de lo contrario desaparecerían las libertades públicas.

Otras formas de ideología institucional estarían representadas en la institución militar por valores como "honradez", "intransigencia", "disciplina constructiva", etc.

Partiendo de la definición de marginalidad dada al comienzo de este trabajo (serían marginales los individuos que perciben barreras externas a su participación en los centros que constituyen su punto de referencia orientador) habría que señalar entonces como marginales a aquellos sujetos que no habiendo logrado insertarse en el restringido campo de actividades económicas productivas parcialmente bloqueadas por el poder de dominación económico tradicional o semitradicional, tampoco han podido ser absorbidos por las instituciones asincrónicas que ofrece el mundo subdesarrollado como una solución alternativa y compensatoria de aquel bloqueo parcial.

Cabría preguntarse luego del planteo anterior si estas instituciones estratificadas internamente en base a poder y prestigio, y parcialmente aisladas del campo económico gravitan con cierto peso en el comportamiento de la sociedad entera y más concretamente en el comportamiento de la nación como integrante de un "sistema internacional". La respuesta depende, en primer lugar, del porcentaje de población total que ha sido "absorbida" por estas instituciones asincrónicas; y en segundo término de la capacidad real de absorción de tensión que posee la institución considerada.

Se hipotetiza que la presencia de estas instituciones asincrónicas en sociedades subdesarrolladas puede gravitar profundamente en el comportamiento nacional, siempre que un porcentaje elevado de la población total haya sido "absorbido" por ellas, y —además— la "absorción" sea realmente eficaz en cuanto a atenuar los desequilibrios y tensiones individuales. En una palabra, un funcionamiento eficaz y en gran escala de instituciones asincrónicas puede reducir la marginalidad social a niveles bastante bajos.

Sin embargo, la "absorción", crea un mundo artificial, con endeble bases reales, pues según queda dicho más atrás estas instituciones asincrónicas funcionan gracias a concesiones económicas hechas por un poder tradicional amenazado e interesado en implantar pautas de gratificación diferida que atenúen los planteos conflictivos inmediatos de los grupos emergentes. O sea que el sujeto "absorbido" deja de ser marginal en cuanto a una relativa satisfacción de aspiraciones de poder, prestigio e ingreso, pero continúa siendo un marginal en cuanto a su participación efectiva en las fuentes de poder real de la sociedad subdesarrollada. En una palabra, podría decirse que *la marginalidad del sujeto se transfiere a las instituciones asincrónicas*.

A medida que los individuos ascienden en la institución se van socializando en su ideología propia y por consiguiente se van "enajenando" con respecto a las verdaderas exigencias del mundo subdesarrollado. Ciertas naciones del área, afectadas por este complejo problema de asincronía institucional, ofrecen en algunos sectores que serían básicos en una política de desarrollo efectivo, una incapacidad bastante marcada para captar la realidad.

Si pensamos que este proceso de absorción de tensiones afecta sustancialmente a las élites políticas, burocráticas e intelectuales, que serían las encargadas de dar respuesta concreta a la situación de dependencia externa y de subdesarrollo, cabe plantear la duda acerca de una capacidad de respuesta efectiva a tal situación dada desde los centros de decisión nacionales.

III

Indudablemente, los centros de decisión de los países subdesarrollados de América Latina deben hallarse en gran proporción afectados por el fenómeno recién descrito. Algunas investigaciones empíricas re-

cientos refuerzan este supuesto teórico. La tendencia parece confirmarse a nivel de los partidos políticos, los sindicatos, la Iglesia, las universidades, los ejércitos, los organismos de planificación nacional, etc. Hasta aquellas organizaciones que como los partidos comunistas han proclamado su adhesión a soluciones conflictivas frente a la situación de dependencia, muestran de hecho una tendencia a la absorción de tensiones en la medida en que sus dirigentes ascienden en la escala jerárquica del poder y el prestigio internos de la institución.

El concepto de marginalidad adquiere entonces una dimensión nueva que se refiere a la ubicación estructural de los sujetos dentro de estas instituciones. Podría hipotetizarse que en la medida en que los sujetos reajustan sus actitudes y sus disponibilidades a la acción a su posibilidad de ascenso en estas instituciones asincrónicas, van atenuando su posición conflictiva. O mejor dicho: aun manteniendo las metas iniciales en cuanto a la necesidad de cambio, comienzan a proponer medios menos radicales y diferidos en el tiempo para la obtención de las metas proclamadas.

Si el ascenso en instituciones de este tipo provocara tales transformaciones en la ideología de las élites, habría que concluir que un cierto grado de marginalidad respecto de esas instituciones, podría ser un factor estimulante en el mantenimiento de valores de cambio y en el respaldo que se les diera a tales valores con una efectiva disponibilidad para la acción. Una marginalidad relativa sería entonces funcional a las innovaciones, en tanto que una absorción total por los valores y normas institucionales, sería de hecho un factor de resistencia al cambio social.

Es preciso profundizar en el concepto de marginalidad relativa puesto que ella podría ser una importante clave para la explicación del cambio social en América Latina. Una primera dimensión del concepto hace referencia a la situación estructural, que sería un requisito necesario pero no suficiente para que la marginalidad relativa produjese efectos innovadores. Sería preciso que los individuos se sintieran excluidos parcialmente de los centros de decisión institucionales, o en otras palabras que su ascenso se viera frenado a partir de cierto momento. Esta privación relativa en el manejo del poder no debe implicar por parte de los niveles jerárquicos más altos una proscripción abierta. El sujeto parcialmente marginalizado es muy probable que perciba un marcado desequilibrio entre su poder informal y el poder real que se le reconoce en la institución; pero este desequilibrio no debe hacerse llegar al extremo de que el sujeto pierda un mínimo de adhesión a ciertos valores y normas básicos de la institución. En otros términos su exclusión no debe ser total, porque si lo fuera durante un cierto tiempo, el sujeto rompería definitivamente su compromiso. Esta situación estructural de marginalidad relativa es muchas veces mantenida deliberadamente por los dirigentes que controlan el poder institucional, interesados en no perder la adhesión de los innovadores, pero preocupados al mismo tiempo por no dejarlos subir demasiado a fin de que no peligran sus propias

posiciones. De ahí que los dirigentes máximos traten de asignar a estos sujetos tareas que no comprometan su propio poder pero que sirvan efectivamente como un estímulo que impida el rompimiento del compromiso.

La ventaja de los innovadores frente a los viejos dirigentes radica en la seguridad que deriva para ellos del manejo de un cierto monto de poder informal, no institucionalizado, que surge de su menor grado de aislamiento dentro de la institución y también de su vinculación con líderes de grupos emergentes que presionan por cambios que amenazan al poder institucionalizado. Esta vinculación permite a los innovadores conocer y reelaborar normas y valores de esos grupos emergentes que serán posteriormente amalgamados con valores y normas básicas de la institución, produciendo una fecunda síntesis.

Esta capacidad de síntesis entre valores y normas institucionales y extrainstitucionales requiere un tipo de personalidad sumamente equilibrada, capaz de soportar esa tensión entre elementos aparentemente conflictivos y contrapuestos. No todos los sujetos en situación de marginalidad parcial están dotados de esa capacidad de síntesis, produciéndose inevitablemente la defección de algunos que o bien optan por los valores y normas oficiales de la institución, o bien rompen definitivamente con ella plegándose a los líderes emergentes. La dificultad para soportar la tensión puede apreciarse claramente en algunos dirigentes intermedios de partidos políticos o sindicatos que entran en estas organizaciones con una profunda vocación reformista e innovadora pero a medida que se van enfrentando con la necesidad de conciliar valores institucionales con elementos reformistas van sacrificando estos últimos, terminando por ser totalmente absorbidos por la ideología oficial.

Este aparente oportunismo muy a menudo no es tal, sino una carencia de la personalidad que se demuestra incapaz de producir la síntesis de valores requerida para superar la situación de marginalidad relativa.

La reacción inversa consiste en romper abruptamente con la institución, aun a riesgo de marginalizarse totalmente y esterilizar toda posibilidad de acción futura.

Cualquiera de ambas posiciones demuestra que la solución sintetizadora de superar efectivamente la marginalidad relativa forjando un nuevo liderazgo innovador, no puede explicarse exclusivamente por causas directamente estructurales. No basta la ubicación real del sujeto en una situación de marginalidad relativa dentro de la institución sino que es necesario, además, que el individuo afectado haya llegado a un grado muy avanzado de madurez de su personalidad.

Asimismo es muy importante la posibilidad que el individuo pueda tener, de entablar contactos hacia afuera de la institución, asimilando opiniones, actitudes e ideologías factibles de ser confrontadas con las propias, lo cual no sólo se logra a través de lecturas sino fundamentalmente en base a contactos políticos personales y experiencias prácticas.

IV

De lo dicho se desprende que las sociedades latinoamericanas, dependientes y subdesarrolladas ofrecen un panorama generalizado de asincronía institucional. Este fenómeno es propicio para que un importante núcleo de sujetos se hallen expuestos a una situación de marginalidad relativa proclive a las innovaciones. Partidos políticos, sindicatos, ejércitos, Iglesia, organizaciones burocráticas civiles, etc., han constituido estructuras estratificadas internamente merced a la distribución diferencial de posiciones dotadas de poder y prestigio. A medida que los individuos ascienden en esta escala jerárquica se supone que van interiorizando cada vez más las normas y valores que constituyen la ideología propia de la institución. Al mismo tiempo, van aislándose cada vez más de las bases económicas reales en que reposa de hecho su poder, prestigio e ingreso intrainstitucionales, desdibujándoseles crecientemente la realidad subdesarrollada y dependiente del país, donde un poder de dominación tradicional o semi-tradicional concede recursos para mantener estas instituciones con el evidente propósito de que no se generen conflictos que amenacen sus fuentes de poder económico.

Por otra parte, amplios sectores populares emergentes, incentivados por las implicaciones de un proceso de urbanización acelerado, comienzan a plantear aspiraciones de consumo cada vez más altas e irreversibles, que contrastan con sus bajos niveles reales de vida.

Los niveles jerárquicos altos de las instituciones mencionadas, socializados en una ideología conformista, propician el mantenimiento de un "status quo" que es insostenible de hecho. En cambio los individuos parcialmente marginalizados de los centros de poder institucional tienen una tendencia más acentuada a relacionarse con el mundo real, probablemente buscando en él un poder y un prestigio que compensen la carencia parcial de estos elementos impuestos por la jerarquía institucional.

Quizás uno de los aspectos más destacados de esta diferencia de actitudes entre los niveles jerárquicos altos y los parcialmente marginales la ofrezca el nacionalismo. Este podría definirse como un sentimiento hondamente arraigado en la personalidad que implica la identificación del sujeto con los atributos más relevantes de su país. El complejo de actitudes y opiniones que giran en torno al nacionalismo variará en función de la ubicación del sujeto en la escala estratificada interna de la nación, que ha de coincidir en gran medida con el grado de poder, prestigio e ingreso que éste detenta en la institución a la cual se adscribe.

Se hipotetiza que el nacionalismo de los niveles jerárquicos altos de la institución que se considere, será distinto al de los sectores medios y bajos. La distinción se fundamenta en una forma distinta de identificación del sujeto con los atributos más relevantes del país, o mejor dicho con una distinta elección de atributos relevantes para el país.

Esto resulta bastante claro si se piensa que cada individuo tiene una visión diferente de su sociedad nacional según el grado de satisfacción

o privación que disfrute o padezca en ella. Esta satisfacción o privación lo llevará insensiblemente a asignar a su nación los atributos que mejor se comparezcan con su propia situación estructural.

Los sujetos que ocupan los niveles jerárquicos más altos dentro de la institución a que pertenecen, acusarían una tendencia a no comparar la posición de su nación con la de otras naciones superiores, iguales o inferiores a la suya propia. Es decir, se hallarían demasiado aislados en su ideología institucional como para percibir claramente ciertas relaciones externas de la nación a que pertenecen, como podría ser la relación de dependencia con naciones más poderosas que la propia. Es muy probable que el alto nivel de poder y prestigio intrainstitucionales les bloquee la percepción de que tal nivel no guarda relación alguna con el bajo nivel que esos mismos elementos poseen referidos a la propia nación en un sistema estratificado internacional.

En tales casos, los sujetos considerados enunciarían su sentimiento nacionalista a través de las glorias del pasado, haciendo referencia a una época en la cual la estratificación internacional no era tan evidente ni se hacía tan tajante la brecha entre las grandes potencias continentales que monopolizan una alta tecnología y los países dependientes con diferente nivel de desarrollo económico y social. Otra forma de exteriorizar este nacionalismo "estático", consistiría en la propagación de mitos acerca de las fabulosas riquezas potenciales del país. Cualquiera de estas modalidades refleja un "escapismo" que busca la exaltación de la nación sin considerar su presente situación de dependencia.

Por el contrario, el nacionalismo de los sujetos marginalizados parcialmente de los centros de decisión institucionales consistiría en una identificación mayor y más consistente con los atributos presentes de la nación. Sería un nacionalismo realista, "dinámico" y no "estático", fruto de la situación de marginalidad relativa. La falta parcial de manejo de poder institucionalizado haría que ellos tuvieran un mayor contacto e información respecto de la sociedad global, con grupos e intereses diversos y a veces antagónicos a los de la institución propia. La percepción realista de la situación interna y externa del país contribuiría a que estos individuos lograran una identificación con la nación no ya unida a su pasado "glorioso" o a un futuro plagado de mitos, sino a un presente cargado de las contradicciones y pugnas propias de la situación de subdesarrollo y dependencia. En otras palabras, la identificación del sujeto con la nación se haría pensando en ésta como una unidad que pugna por ascender en un sistema internacional en el cual ella ocupa los estratos más bajos. La propia situación estructural de marginalidad relativa de estas personas se haría extensiva a su interpretación del sentimiento nacional: su nación sería también una unidad marginal en un sistema estratificado controlado desde arriba, en el cual la movilidad ascendente encontraría obstáculos harto difíciles de vencer.

Concebido de esta manera el nacionalismo pierde su sentido exclusivista para transformarse en un sentimiento reivindicatorio que buscará gradualmente afinidad en otras naciones sometidas a la misma situación

estructural. El nacionalismo dinámico y reivindicativo del *status* nacional en el sistema estratificado de países podría calificarse también como un nacionalismo integrador, que sin renunciar al sentimiento de adhesión al país conciba su posibilidad de recuperación como una “unión entre iguales”, a través de un creciente estrechamiento de vínculos económicos, políticos y culturales con naciones igualmente dependientes y subdesarrolladas.

Para que la ideología nacionalista-reivindicativa pase a ser una ideología nacionalista-integradora se requiere el surgimiento de la convicción acerca de las limitaciones económicas, tecnológicas y político-militar del actual Estado-Nación subdesarrollado y dependiente. A medida que se pongan en evidencia sucesivos intentos frustrados de dar respuesta a la dependencia externa en forma individual y no concertada por parte de cada Estado, se irán afianzando lenta pero seguramente las nuevas lealtades regionales que lejos de debilitar la lealtad a cada nación reforzarán las posibilidades efectivas de tonificarla.

Al mismo tiempo que estas frustraciones se vayan acumulando, se irán perfeccionando paralelamente los instrumentos económicos y jurídico-institucionales tendientes a consolidar las interacciones coordinadas de los Estados involucrados en la naciente política nacionalista-integracionista. Esta no puede crecer a través de simples declaraciones sino que su incrementación será el árduo y doloroso producto de una dependencia creciente contra la cual sólo podrá lucharse a través de audaces y dramáticas decisiones políticas.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Cardoso, P. H., “Las élites empresariales en América Latina”, en *Élites y desarrollo en América Latina*, S. M. Lipset y E. Solari (Compiladores). Paidós, Buenos Aires, 1967.
- Eysenck, H. J., *Psicología de la decisión política*. Ediciones Ariel, Barcelona, 1964.
- Germani, G., *Política y sociedad en una época de transición*. Paidós, Buenos Aires, 1964.
- Heintz, Peter, *A Study on Educational Ideology*. VII Congreso Latinoamericano de Sociología. Bogotá, Colombia, 1964.
- Lagos, Gustavo, *International Stratification and Underdeveloped Countries*. Chapel Hill, 1963.
- Mora y Araujo M., *El grupo ideológico como agente de socialización*. Anales de la Facultad Latinoamericana de Sociología, Enero-Diciembre de 1964, Vol. 1, núm. 1, Santiago de Chile.
- Muñoz, Eduardo, *La asincronía institucional economía-educación: algunas consecuencias de las actitudes frente a la educación*. Anales de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Enero-Diciembre de 1964, Vol. 1, núm. 1, Santiago de Chile.
- Reyna, J. L., *Algunas dimensiones políticas de México*. Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social, Santiago de Chile, enero de 1967.
- Rama, G., *Las clases medias uruguayas en la época de Baillie*. Tribuna Universitaria, octubre de 1963, Montevideo, Uruguay.